



**Un rasgo del
señor Carranza**

(19 de enero de 1964)

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA



Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ► 4

2560

DOMINGO 22 DE SEPTIEMBRE DE 2019



Tarde de lluvia

León Mendoza

Hoy la lluvia trajo hacia a mí los recuerdos de aquellas veces en que nos perdimos entre ser nosotros o el instinto del recuerdo de esos intentos cuando trataba de vestirme con palabras que no nos llevaban a ningún lado solo a perdernos entre sombras y devorarnos cual pareja de mantis religiosa. Para que todo quede en el silencio de la imagen en tus ojos esa mirada en el vacío de nuestro fugaz encuentro.

Escriben: Amapola Araya, Ramón Moreno Rodríguez, Norma Navarrete, César Anguiano, José Luis Larios, Eréndira Cortés, José Carlos Juárez, José Xavier Návar, León Mendoza, Leopoldo Barragán, Azul Sevilla y Carlos Caco Ceballos.

Los poetas de Babel

César Anguiano

Esta semana presentamos a la joven poeta chilena Amapola Araya, nacida en Coquimbo, Chile, en 1997. Creadora de *performances*, actriz y poeta experimental. Autodidacta por necesidad. A través de la música, las artes escénicas y la poesía, realiza viajes hacia sus raíces, la memoria personal y colectiva, así como a la Historia de una cultura saqueada. Mujer “diaguita” amante de la mar y la naturaleza, se encuentra con sus raíces reviviendo los antiguos saberes, la conexión con la escritura y la exploración creativa. El arte la toma de las manos y la invita a viajar...

Ha transitado en festivales de poesía tales como “Norte Poesía” (Antofagasta 2018), “Festival Jauría de Palabras” (Bolivia 2019), y pronto aparecerá su primer libro de poesía, del cual presentamos una pequeña muestra. Aquí nos deja un “pichintún”, pincelada de sus diálogos con la vida...

EL LATIDO DE LAS PIEDRAS en el valle de la luna... las oí...

Magnetismo de absoluta pureza.
Atraes a tus hijas e hijos,
abrazando con tu manto
de eterno silencio.

Quisiera no sentirme carne.
Pulsar desde tu corazón pedregoso.
Dormir cien años,
despertar con el vuelo
de un cóndor al sol.

Reflejos en la tierra,
los poros abiertos del astro lunático.
Contemplo los trazos
que tatuaron en tus cuerpos.

No hay palabra
que narre tu historia.
Mas, en tu sereno silencio
entre los millares de misterios que
aguardas:
se han perpetuado en cada espina,
en cada ínfimo cabello blanco
que visten los quiscos,
sabiduría cósmica, la tuya.

Anhele un nacimiento nuevo.
Ser piel de réptil
y frotarme en tu aspereza,
la que con sublime quietud
abriga seres raudos.

Permíteme por unos segundos
quitarme el velo del espanto.
Transmutar en alas
o en mil pies.

Recorrerte inagotable
y descansar en tus cóncavas visiones.
Bañarme con tu polvo
para no temer la oscuridad.

Ahora,
soplo tus recovecos
y viajo sin retornar.
Mis pies son piedras brillantes
como la sal de los siglos.
Corro como alguna vez
anduvo mi abuela.
Descalza siento tus latidos.
Te abres en un árido beso.
Me reconoces tuya,
mi pulso es ahora de piedra lunar.

LA ÑUSTA EN EL LAGO

Largas mis trenzas.
Adorno de alpaca/mujer.
Nazco en la primera estrella.
Me entremezclo con las sirenas perdidas,
en algún ocaso de la memoria.
Te miro en el horizonte,

sanaste tu sueño con muña
y tu cuerpo con san pedro.
Tarareamos juntas las indígenas:
charango querido jilguero mío.

Con los senos desnudos,
el vientre se abre
para nacer a la ñusta del lago.
Cubro de sangre cristalina
el Titicaca de los misterios.
Yo no muero efímera.
Permanezco en las piedras
en tus pinturas
de mujer, alucinando.

Aquí estoy abrazando tus lamentos
kullaka amada.
Con olor a humo
uno mi canto a tu llanto.
de inquieta luz lunática.
Vuelvo siendo miles.
Montada a la vida
galopando la historia desmembrada.
Tengo la necesidad constante
de reflejarme
para no deshacerme en fluidos.

Aquí me hallo.
En el azul silencio de las sirenas.
Abriga tus penurias
con el viento de mis hojas.
Brotan de tus manos
puñados de medicina
para sanar a la ñusta que habitas.
En la celebración
de los sagrados peces.
danzamos impregnadas
de tu brillo de ñusta.
De tu vestido húmedo.
Para no perdernos,
en pensamientos de vacío.
Ahora lluvia
Ahora selva
Pues nuestra inmensidad,
es el cuerpo líquido
que abre ante los ojos
los misterios del nacimiento.

EN LA SEQUÍA DE MIS SUEÑOS

He soñado cinco noches.
Tengo un sueño
profundo y tormentoso.
Despierto electrizante
caminando la línea
que atraviesa desde
las plantas
hasta mis cabellos morenos.

Sueño que el cielo
llora mis penas.
Llora junto a mí
ahogando la maleza.

Desde el suelo en cementado
emana una humareda grisácea.
Pienso en los humos que
expulsa mi boca /seca

Asisto al cielo
llorando junto a mí,
como una madre /luna/ y su niña /flor/
Revolcando sus lágrimas
en esta tierra /seca

/Quién podrá la parra
Quién cosechará al viento las ácidas
papayas/

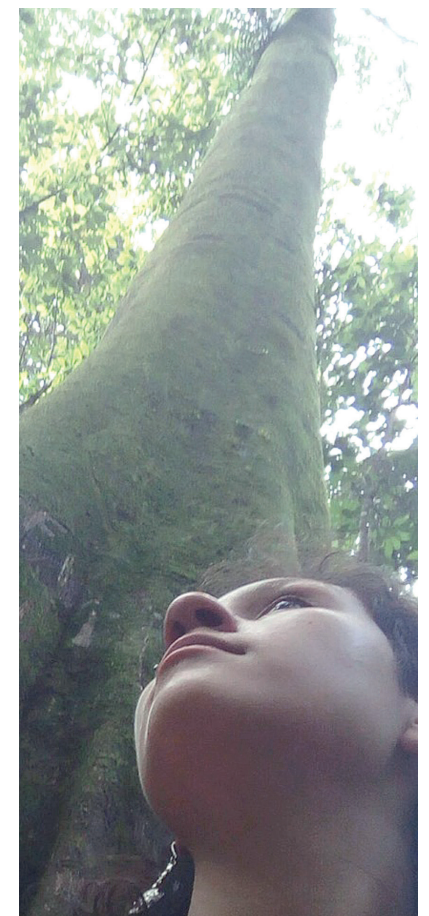
Aún me percibo líquida
como derramándome entre mis pier-
nas.
¡No sé por qué
me tienen encadenada!
Me vuelven sueño/sangre/imagen.

Dibujé el circular mapa
de mi transitar entre cerros y fuego.
Bajo la lluvia que no llega,
me siento a ensalivar mis grietas /
secas

La quinta noche desperté
en un bote azulado
sin nombre.
Mis pupilas vibraban con la mar.
En mis oídos,
gaviotas amaneciendo.
En una danza espiral,
dialogaron plumas en ritmo dual.
Mi piel en movimiento
no se negó al viento.
En rítmico palpar,
viajamos sedientas abriendo los cielos.



La poeta chilena Amapola Araya.



Las fiestas cívicas en Colima a mediados del siglo XIX

José Luis Larios García

En el mes de septiembre, se aproximaban los días para celebrar el aniversario del inicio de la Independencia de México, por lo tanto, el gobierno de Colima se empeñaba en demostrar a los ciudadanos lo importante de llevar a cabo las fiestas cívicas en la ciudad. Los eventos eran organizados por el comité de la Junta Patriótica, conformada por personas de la sociedad civil y autoridades políticas. Ésta, fungía con el propósito de planear todo lo referente al programa de los festejos patrios.

Por ejemplo, en 1864, a pocos meses de haberse constituido el imperio de Maximiliano de Habsburgo, fue establecida la Junta, nombrándose como miembros a Gregorio Barreto, Gabriel Ochoa, Gabino Vizcarra y Jesús Sánchez, este último fue elegido como presidente de la misma.

Según el programa general publicado en el periódico *Pensamiento Político*, la Junta Patriótica consideró solemnizar las festividades los días 15, 16 y 17 de septiembre; para tal efecto, inauguraban con un discurso en el portal Medellín. El inmueble se decoraba con flores de papel, palapa y listones de colores. Asimismo, instalaban un templete de madera donde algunos personajes letrados, hacían demostraciones poéticas análogas o recitales con temas patrióticos. Además, por la noche se iluminaban los portales con faroles y cirios grandes y todos los edificios del primer cuadro de la ciudad. También, el vecindario decoraba el frente de sus casas o preparaban lumbreras con antorchas encendidas con aceite de coco.

El día 15, por la mañana, recorrían cuatro carros alegóricos por las calles. Las alegorías de los tres primeros representaban América, Libertad e Hidalgo, el

cuarto carro estaba destinado a la prensa tipográfica que durante el recorrido, los impresores obsequiaban poesía al público presente. El acto terminaba frente a la Iglesia Parroquial (hoy Catedral Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe), y al llegar al sitio, realizaban tiros de salva de artillería y repique de campanas.

Al siguiente día, el 16 de septiembre, a las cinco de la mañana, se enarbolaba el pabellón nacional en los pasillos del Palacio de Gobierno, cuyo evento se efectuaba con veintiún cañonazos, repitiéndose cada determinado tiempo. Por la tarde, el batallón organizaba un paseo militar en la calle principal (hoy calle Madero), hasta llegar al jardín Núñez. También en los llanos de Santa Juana -actual parque Hidalgo-, preparaban un simulacro de guerra, actuado por la guarnición de la Plaza de Armas, quizás en recuerdo de la acción militar del 12 de julio de 1811, en la época de la Independencia de México, donde se desató una batalla sangrienta en los mismos llanos por los insurgentes, bajo el mando del general José Calixto Martínez y Moreno, alias “Cadenas”, quienes fueron derrotados por los realistas del coronel Manuel del Río.

Después de una larga jornada de actividades, a las diez de la noche, la música del escuadrón y cuadro de cuerda tocaba en la plaza principal. Mientras tanto, se invitaban a los comerciantes a jugar tiro al blanco y, por último, los funcionarios, empleados públicos y vecindario, se acercaban fuera de la parroquia para observar los fuegos artificiales.

El último día, es decir, el 17 del mismo mes, se nombraba a un orador oficial, invitado por el gobierno del estado para pronunciar en la noche un solemne discurso en honor de las víctimas de la patria mexicana.



El día 15, por la mañana, recorrían cuatro carros alegóricos por las calles. Las alegorías de los tres primeros representaban América, Libertad e Hidalgo, el cuarto carro estaba destinado a la prensa tipográfica que durante el recorrido, los impresores obsequiaban poesía al público presente. El acto terminaba frente a la Iglesia Parroquial (hoy Catedral Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe), y al llegar al sitio, realizaban tiros de salva de artillería y repique de campanas.

La Gran Tenochtitlan

José Carlos C. Juárez

Los caminos de dios están hechos de metal
y de carne

son la suma de los deseos enclaustrados
—dentro de cada cabeza—
en un vagón del metro.

Alguien les cosió los ojos
con aguja de obsidiana
y el diablo les susurra por dónde caminar:
sopla en sus oídos y fecunda sus ansias
de servir a una guerra que no es suya.

Va la diosa escondida entre las cloacas
tragando los deshechos de los hombres:
es una *Venus* con un cactus entre las
piernas
y los pechos mordisqueados
como tunas maduras.

Andan los siervos de la gran *Tenochtitlan*
uno tras otro arrastrándose la ofrenda:
van en fila violadores y asesinos
cargando dos nopales en las manos
y un corazón bordado con ajolotes muertos.

Persiguen a un ángel sin olivo
ni corona
¿dónde está la libertad
y dónde la independencia
en un cuello estrangulado
sobre *el Templo Mayor*?

Se va a caer piedra a piedra
como cayó la *Tenochtitlan*
de los antiguos hombres
sobre un lago de sangre y sudor
se va a caer.



VIÑETAS DE LA PROVINCIA



Un rasgo del señor Carranza

Don Manuel Sánchez Silva

(19 de enero de 1964)

A principios de 1915, don Enrique Ceballos condujo a su señora esposa a Guadalajara, a fin de consultar médicos especialistas en el mal que la venía aquejando. Por desgracia, el diagnóstico resultó fatalista: tuberculosis en la laringe, en condiciones tan desarrolladas que descartaban toda posibilidad de curación.

Con la profunda pena de saber que estaban contados los días de su esposa, don Enrique regresó a Colima y poco después se trasladó a Cuyutlán, a fin de satisfacer los deseos de la señora, quien le había dicho con esa resignación propia de los condenados a muerte:

—Llévame a Cuyutlán. Quiero ver por último la “ola verde”, antes de que me vaya para siempre...

Después de pasar una larga temporada en Cuyutlán, don Enrique decidió el retorno a Colima, pero fueron pasando los días sin que se presentara la ocasión de hacerlo, pues en aquel tiempo no había camino de automóviles y el servicio ferroviario estaba sujeto a continuas interrupciones, tanto por las exigencias de la Revolución, cuyos jefes requisaban a diario los equipos rodantes para la movilización de sus fuerzas, como por la inseguridad reinante, que exponía los viajes a frecuentes asaltos, descarrilamientos intencionales y toda clase de fechorías.

En abril de ese año vino por segunda vez a Colima el señor Carranza, primer jefe del Ejército Constitucionalista, quien, deseoso de comprobar los elogios escuchados respecto a la belleza de nuestras costas, ordenó al personal de su tren ponerlo en marcha hasta Cuyutlán.

En esa población, consistente en aquel tiempo en no más de 100 chozas de palapa y una que otra construcción de “coliguana” y pajarete, don Venustiano y sus acompañantes disfrutaron del espléndido paisaje tropical y de las delicias del baño de mar, y poco antes del anochecer se instalaron de nuevo en el coche presidencial para



Venustiano Carranza a su llegada a Colima, en 1915. Foto: Casasola.



Venustiano Carranza en el estribo de un tren.

regresar a Colima.

Con el aplomo que es innato en don Enrique Ceballos, subió al carro del señor Carranza y después de saludarlo respetuosamente le expresó el objeto de su intempestiva visita:

—Señor, soy un comerciante de Colima cuya mujer está enferma y desahuciada. Por la salud de ella y los negocios míos, nos urge volver a Colima, pero no podemos hacerlo por carencia absoluta de transporte. Yo sé que es una impertinencia lo que voy a pedirle pero la necesidad me obliga a ello: ¿sería posible que se nos hiciera un campo?

Al acabar de hablar don Enrique, el señor Carranza se volvió hacia el oficial del Estado Mayor:

—Encárguese usted de que este señor y su familia se instalen en el carro de telégrafos...

Luego, dirigiéndose a don Enrique, le dijo sonriente:

—Está usted servido... Traígase a su familia porque nos vamos luego...

Salió don Enrique del tren presidencial y se dirigió a la playa en busca de su familia. El tramo comprendía más de un kilómetro de arena suelta. Con la premura que el caso exigía se preparó violentamente el equipaje, y don Enrique, su señora e hijos y dos sirvientes abordaron el tren presidencial hora y media después de que el señor Carranza había autorizado el viaje.

Don Venustiano estaba impaciente y sus ayudantes le habían estado insistiendo en que ordenara la salida del tren, pero el primer jefe, que había visto la angustia de don Enrique, prefirió alterar el itinerario original y tal vez sus acuerdos de ese día, antes que defraudar al señor Ceballos y escatimarle la ocasión de aprovechar los medios para llegar a Colima.

Ese antecedente creó en don Enrique un sentimiento de afecto y gratitud hacia el señor Carranza.

* Periodista, escritor y fundador de **Diario de Colima**.†



Hasta los tímpanos

Caballos de mar y fuego

Eréndira Cortés

En 2010 no sabía quién era Mark Linkous, ignoraba su virtuosismo musical y que, en 1995 había empezado a publicar discos bajo el seudónimo de *Sparklehorse*. Apenas en 2011 el oleaje aleatorio de *groovesha-rk* me había traído temas como “Sick of Goodbyes” o “Sad and Beautiful World”, con los que me identifiqué y eventualmente agregué a mi lista de favoritos. En su momento no presté mucha atención a su procedencia, si acaso llegué a notar la palabra *horse* del final.

A inicios de 2012, cuando Abi me invitó al Revolution Fest, no estaba segura de aceptar la oferta, él era técnico de sonido en uno de los escenarios y eso implicaba vivir la experiencia en solitario; sin embargo, me animé al advertir en el *flyer* nombres internacionales y en especial uno cuyo sufijo era *horse*.

Llegamos al Foro Alterno a eso del mediodía y entre idas y vueltas pude escuchar a los nacionales Elis Paprika, Los Malditos Cocodrilos o Cartel de Santa. Colarme en las muchedumbres alborotadas era como tener un sueño donde sólo eres espectador y no partícipe; pero me alentaba la ilusión de presenciar en vivo esos ritmos frescos y a la vez tan clásicos. Más tarde bailando y cantando covers como “A Great Gig in the Sky” a cargo de Easy Star All-Stars, supe que me había aclimatado.

Poco antes de las nueve me acerqué al escenario donde tendría lugar la acción. Tras minutos de espera, mezclados con

los típicos chiflidos de impaciencia, por fin apareció una mujer de semblante tímido, pese a su altura, cuyo rostro se escondía tras unos lentes y un flequillo. “Soy transparente, me puedes oler muy bien...”, la multitud enardeció y al unísono corearon la primera canción.

Algo estaba mal, o me había equivocado de escenario o se trataba de un grupo telonero. Fui a ver uno de los carteles sólo para cerciorarme que la hora y el lugar eran correctos. Resignada, comencé a prestar más atención y quedé fascinada con la voz soprano de la vocalista que nos abría una puerta a su mundo interior cada vez que hacía contacto con el micrófono.

Para disipar mis dudas y disfrutar plenamente del show, decidí preguntarle a la chica de al lado ¿sabes a qué horas va a tocar *stebstehorse*? Me miró confusa, ison ellos!, y añadió corrigiendo mi pronunciación: es ella... Denise, de Hello Seahorse! Sonreí tratando de ocultar mi vergüenza y frustración con cara de aquí no pasó nada, pero ya me voy.

Aquella noche no presencié en vivo a *Sparklehorse*, y nunca lo haría, pues justo dos años atrás Mark Linkous se había suicidado —y me vine a enterar tiempo después, mientras escuchaba su versión de “Wish You Where Here”, qué ironía—. Quizá nada tiene que ver estar enfermo de adioses con la furia de un león; pero qué importa confundir caballos de mar y fuego, si las voces de uno y otra habitarán en mi memoria hasta que su eco muera.



Mark Linkous (1962-2010)

Neblina morada

Dos libros de Arana

José Xavier Nívar

Tiene razón Federico Arana, escritor, investigador, biólogo y parte fundamental como músico de las agrupaciones rocanroleras mexicanas como Los Sonámbulos, Los Sinner's y Naftalina, cuando afirma que a los editores nacionales, incluidos los miedosos y flojos de la UNAM, les da pavor arriesgarse en cosas nuevas que no conocen. Por eso, con el dinero de su bolsa y con el visto bueno de una editorial de tanates, Ediciones María Enea lanza dos volúmenes: *Grandezas y miserias del rock mexicano*.

En sus casi 500 páginas profusamente ilustradas con fotos de muchos personajes de la escena mundial, la incipiente roquera made in México; las portadas de álbumes de vinilo, y extendidos plays, docenas de loby-cars de cine y más, desde sus precursores, hasta casi media hora antes de Avándaro.

En los dos volúmenes se aborda el rock de una manera peculiar y, de algún modo, estos dos libros que circulan en el Chopo y de mano del autor son la lectura obligada del insustituible *Guaraches de ante azul*.

Nunca antes el rock mexicano (y los “roques”, que ha añadido el autor) había tenido tantos artistas para desmenuzarse como cirujano de últimas necesidades de definición: rock epistemológico, epistolar y con mensaje; espacial, étlico, exagerado, excluyente, existencial, espoliado, feminista, folcloroide, franchute, fraternal, fronterizo, futurista, gélido, geográfico, germanófilo, guapachoso, histórico, hecho a la medida, historietero, huevonero, inclasificable, indagatorio, indigenista, jipiteca... ¡Uf!

Y sigue la mata dando: rock ambiental, achacoso, aguafiestas, amnésico, beatlesco, clasicóide, belicoso y pendenciero, cochinote, sicalíptico y edípico; educativo, dylaniano, cinematográfico, carcelario, burlón y muchas más etiquetas que manipuló el hijo predilecto de Tizayuca becado por Oceanografía, colaborador y monero de distintas publicaciones: *Novedades*, *El Día*, *El Financiero*, *Nexos*, *La Mosca*,



Nunca antes el rock mexicano había tenido tantos artistas para desmenuzarse como cirujano de últimas necesidades de definición: rock epistemológico, epistolar y con mensaje; espacial, étlico, exagerado, excluyente, existencial, espoliado, feminista, folcloroide, franchute.

Horas Extras... Además de que ha obtenido premios como el Villaurrutia por sus novelas y textos.

Federico Arana se las ha visto negras a la hora de escribir y para ilustrarla en contexto, que eso no es fácil. En la contraportada del Volumen 2, Arana aclara: “No soy poeta, porque últimamente el mundo del rock mexicano ha visto surgir a varios payasos que presumen de poetas sin tener idea de la burrada en que incurren”.

Hay que aplaudir de pie la gran recopilación de imágenes de estos libros y que son del archivo particular a Arana, compiladas de su labor de años. Todo aquel que presuma de ser *rucanrolero*, roquero de más acá y hasta una buena parte de los despistados millennials deben de leer estos esclarecedores y divertidos libros, más que como cultura general.

Así comenzó la desdicha

(1519-1521, serie dedicada a los quinientos años de la llegada de los españoles a México)

Ramón Moreno Rodríguez¹

Alguien se le ha ocurrido –no sé a quién–, que deberíamos conmemorar (acá en América con lágrimas y lamentos; en España, con pompa y boato) el quinientos aniversario de la llegada de los extranjeros a nuestro país. A mi parecer, tan prolongado festín de casi tres años sería asaz fatigoso. Que la triada de aquel entonces (1519-1521) y la actual (2019-2021) sean capicúa es un monótono azar; no obstante, me parece que nunca está de más (hayan pasado 501 años más o menos) recordar aquellos hechos que definieron nuestra historia. Así pues, aunque no le concedo mayor relevancia a las efemérides, mi espíritu –más cercano al de la grey que a la del lobo solitario–, no puede sino sumarse a tales conmemoraciones y quiero incluir mi voz a la de tantos otros que por acá y por allá se manifiestan. Por ello es que ahora he decidido recrear brevemente algunos episodios que entonces ocurrieron, contados a la manera literaria. No quiero usar las letras doradas por la pátina de la Historia (así, con mayúsculas), sino las pequeñas letras con que se cuentan las fragilidades humanas. Mi deseo no es dar pie para que unos blasonen y otros se cubran la cabeza con la dolorida ceniza de los tiempos. Comprender, nada más comprender lo que entonces pasó es el aprendizaje que yo desearía que el lector tuviese, si es que alguna lección de aquellos hechos se tuviera que adquirir. Vaya pues ahora esta intermitente colaboración para *Ágora* que pretende sostenerse por estos tres años.

Es sabido que fueron varios los intentos que tuvieron los Reyes Católicos y el almirante Colón para firmar un acuerdo de exploración de una posible ruta a la India que navegase hacia el occidente, y no al oriente. Fue muy significativo que en el momento final, los reyes impusieran que el viaje no tendría por primer objetivo establecer una nueva ruta de las especias que compitiese con los lusitanos, sino la exploración de islas ignotas.

Quizá parecía demasiado fantasioso (y de suyo lo era) el proyecto del marino genovés y por eso los regios gobernantes introdujeron algo de realismo en la empresa: priorizaron la exploración y apropiación de nuevas islas como lo habían hecho en las Canarias, antes que pensar en darle una nueva dimensión al globo terráqueo, como en parte se proponía Colón en su enfebrecida mente.

Tras la portentosa aventura que concluyó el doce de octubre de 1492, la realidad pareció confirmar la corazonada de los monarcas: del otro lado de La Mar Oceana no estaba la inmensa tierra firme llamada India, sino unas minúsculas islas, cual paraísos terrenales que habitaban pobres, desnudos y felices naturales.

Durante las primeras décadas de la llegada de los extranjeros a estas imprevistas regiones, casi siempre los exploradores iban en busca de nuevas islas. Todo empezó por La Española, hoy república Dominicana, y luego se siguieron Jamaica, Puerto Rico, Isla Margarita, Cubagua, Cuba y, finalmente, las infinitas islas de los lucayos, que hoy conocemos como Bahamas.

En febrero de 1517, según cuenta el padre Las Casas en su muy bien documentada *Historia de las Indias*, Francisco Hernández de Córdoba decidió explorar unos parajes hasta antes ignotos pero de los que ya tenía algunas referencias: incursionar mar adentro hacia el occidente. El objetivo era encontrar nuevos indios para esclavizar en los trapiches y las minas cubanas. A medida que habían pasado los años, la despoblación de las principales islas hacía cada vez más complicado el enriquecimiento de los extranjeros. Una solución la habían encontrado en aterrorizar con sus saqueos a las pequeñas Antillas. Entre otras, las minúsculas y llanas islas de los lucayos habían cebado aquel tráfico del humano sufrimiento.

Los aventureros se alejaron por cuatro días de las costas cubanas y a pesar de ser un propósito en demasía torpe (por fuerza habrían de encontrar islas) el destino les deparó, en efecto, una: arribaron a Cozumel. La preconcepción que los reyes Católicos infundieran en sus súbditos era tan poderosa que permaneció por siglos; incluso, en aquellos momentos se pensó que Yucatán era una isla, y por tal se la tuvo algún tiempo.

Como casi siempre sucedía, los indios recibieron con benevolencia a los extranjeros: les regalaron agua y alimentos. Los españoles quedaron maravillados por tal descubrimiento. Aquellos indios pertenecían a una cultura superior respecto de las que conocían y habían sojuzgado en las islas; en primer término, fabricaban sólidos edificios y seguras fortalezas a manera de torres (así llamaron a lo que hoy conocemos como pirámides). Además, eran muy pulidos en sus tratos y sus vestimentas. Felices, concluyeron que la fortuna les había deparado una gran dicha.

En efecto, a partir de ese momento, la historia de España dio un vuelco espectacular, y de ser una nación recién salida de las guerras civiles y de una occidentalidad regateada por ser esas tierras fronteras entre moros y cristianos, empezó a ser el gran imperio europeo al que no poco contribuyeron las riquezas ex-

poliadas de lo que ellos en pocos años llamarían Nueva España y en la actualidad conocemos como México.

La ignominia estuvo presente desde un primer momento, pues el agua y los alimentos los retribuyeron con cautiverios, robos y asesinatos. Cuenta el padre Las Casas que de noche, estando los indios durmiendo en compañía de los extranjeros, éstos, temerosos de su inferioridad numérica atacaron a los indios, matando no pocos y haciendo huir a los más: “y viéndolos un español que velaba su cuarto y que se metían [los indios] entre ellos, levantose y arremetió a ellos con la espada sacada y dando voces; levántanse todos los españoles y arremetieron con los indios que estaban junto en las canoas. No supe los que alcanzaron, mataron o hirieron, mas de que todos los que pudieron huyeron y dejaron catorce canoas con sus arcos y flechas; argumento harto claro de que no tenían por entonces pensamiento de acometer ni hacer daño a los españoles”.

Con esta escaramuza no concluyeron los malentendidos y traiciones, pues los extranjeros pronto exigieron oro a los indios de Cozumel; irónico con sus paisanos, el historiador dominicano así cuenta la escena: “Otro día, de mañana, vieron venir los españoles dos canoas y dentro nueve hombres, y llegados a tierra, el capitán de los españoles los hizo prender y atar sin porqué ni para qué, sino para hacer heder por toda la tierra su nombre. Hizolos interrogar uno a uno apartados, mostrándoles oro de la isla de Cuba y preguntándoles si en aquella tierra había de aquel metal: imirad, qué evangelio comenzaba a predicarles”.

Días adelante tomaron preso a un cacique que supusieron lo sería por su galana forma de vestir; piden a cambio de regresarlo a su pueblo, oro. “Allí vinieron ciertos indios en una canoa, haciendo a los españoles señales de paz y preguntoles a qué venían o qué era lo que querían en tierras que no eran suyas; respondió el capitán que si les daban oro, les daría un indio suyo que allí tenía, porque los demás de los nueve iban en los navíos; los indios dijeron por señas que desde a tres días se lo traerían. Volvieron al tercer día en una canoa seis, y trajeron como media diadema y una patena de oro bajo y dos gallinas asadas de las grandes de aquella tierra y maíz hecho pan, lo cual todo dieron al capitán Francisco Hernández”.

Los extranjeros pronto regresaron a Cuba con las manos vacías. Los indios les hicieron la guerra. Hernández de Córdoba pronto moriría sin lograr obtener beneficio alguno de su peligroso viaje. Algunos estudiosos atribuyen su fallecimiento a las heridas recibidas por los naturales de aquellas nuevas, ignotas e inmensísimas tierras descubiertas; otros, a la tristeza, pues el gobernador, Diego Velázquez de Cuéllar, no lo confirmó como su capitán, sino que envió en un segundo viaje exploratorio a un su paisano, de apellido Grijalva.

Habiéndose sucedido tantas ignominias como luego sucedieron, el anterior episodio ha quedado casi olvidado. Como todas las historias de las infamias, sus inicios son nebulosos y éste lo fue como el que más.

**Doctor en literatura española. Imparte clases en la carrera de Letras Hispánica en la UdeG (Cusur).*

ramonmr@vivaldi.net

(Endnotes)



La piedra del andador

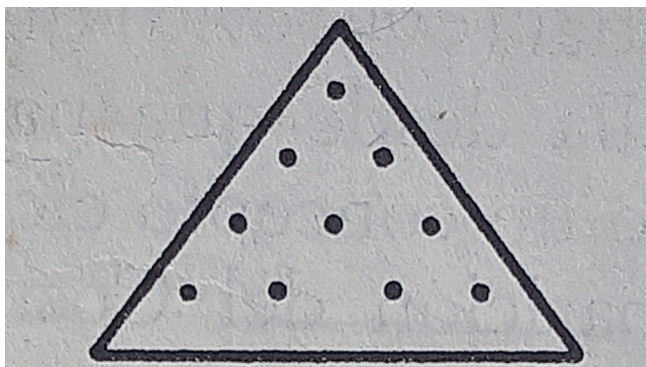
Leopoldo Barragán Maldonado

Cuando emprendemos una caminata, necesariamente nos desplazamos hacia cualquiera de los treinta y dos puntos de la rosa de los vientos; sin embargo, creo que existen diferencias al caminar por alguna de las cuatro direcciones cardinales, los ejes Norte-Sur y Este-Oeste tienen distintos significados no sólo geográficos, sino también políticos y hasta existenciales, obviamente me quedo con el último, ya que desde mi perspectiva involucra rasgos morales y religiosos mezclados con la orientación mundana.

Un ejemplo de lo anterior se encuentra en la enseñanza budista al tratar de mostrar el camino de la verdad: el Este es la senda de los padres y los hijos; el Sur el que corresponde al maestro y los discípulos; al Oeste se encuentra el camino de los esposos, y hacia el Norte el camino de la amistad. ¿Tiene sentido elegir alguno de aquellos ejes? En primera instancia la interrogante pudiera parecer ingenua, ya que existe la posibilidad de considerar que es intrascendente la dirección, y si así lo fuera qué bueno porque estamos ante una apariencia más de este mundo ilusorio.

Por gusto personal, y cuando mis pasos quedan fuera de los quehaceres cotidianos, prefiero encaminarlos hacia el Norte y no al Sur, todo depende de lo que uno busque, porque no es lo mismo el ascender que descender, al trepar intuyes, captas el fluir de lo que es y no es, observas aquello que abajo no miras; cuando bajas deduces, razones aferrándote a la intuición que has aprehendido en tu ascenso y que parece desvanecerse en la medida que descienes. Arriba es la morada de la intuición, abajo está el reino de la deducción.

Nietzsche, el escalador de montañas, atrapó al *Zaratustra* en las alturas de Saint Moritz, y al bajar de la cordillera predicó el superhombre. ¿Acaso los razonamientos lógicos del silogismo no son sólo inferencias? Caminar es reflexionar y no meditar, la meditación exige tranquilidad, inmovilidad física y mental. Probablemente la vida agitada y alienada de los occidentales bloquea el sendero de la meditación, hasta los paradigmas pedagógicos forman otra barrera con su retórica enajenante de volvernos “críticos, analíticos, reflexivos”. ¿En qué punto cardinal queda entonces la meditación? Según el Iluminado en el sexto camino: allá arriba, en el sendero del creyente. ¿Dónde es ese ‘allá arriba’? Wittgenstein en su *Diario Filosófico* (1914-



La Tetraktys, figura triangular que consiste en diez puntos ordenados en cuatro filas, con uno, dos, tres y cuatro puntos en cada fila. Como símbolo místico, fue muy importante para los seguidores de los pitagóricos.

1916) escribió: “Sólo podemos prever lo que nosotros mismos construimos”. Si el agnóstico replica que ese arriba se refiere a Dios, resulta que en el budismo no hay Dios, más bien se trata de comprender el fluir de la vida, el filósofo de Viena reitera “Crear en Dios quiere decir comprender el sentido de la vida. Creer en un Dios quiere decir que con los hechos del mundo no basta”.

En mis correrías por la zona cafetalera, chilaquilera, mágica y mística del norte de Comala, acostumbro caminar por el andador que inicia en Suchitlán y termina en Cofradía, poco antes de llegar a la Nogalera observo una piedra que atrae mi curiosidad, incitándome al filosofar refrendando la sentencia de que la filosofía se encuentra hasta debajo de los riscos. Insisto que el filósofo es o un alpinista o un minero. El mentado pedrusco luce en su rústica superficie triangular unas líneas y puntos ordenados de manera descendente del uno al tres, imagen pétreo que de golpe y porrazo me traslada a la doctrina física y numerología mística de la escuela pitagórica, en especial al simbolismo de las oposiciones cosmológicas representadas en un triángulo conteniendo los cuatro primeros números que al mismo tiempo eran el diez sumando los primeros cuatro, imagen metafísica que llamaron *tetraktis*. Wittgenstein en su *Tractatus lógico-philosophicus* acierta al sostener que “lo que la figura ha de tener en común con la realidad para poderla figurar a su modo y manera -correcta o incorrectamente- es su forma de figuración”.

En el pensamiento filosófico de Pitágoras (570 a. C.) no todo fue ocupación científica, sino también preocupación salvífica, recordemos que en Crotona fundó una especie de cofradía (*Thyasa*) o asociación filosófica empeñada en cuestiones morales y religiosas con la finalidad de liberar a las almas del proceso transmigratorio mientras estuvieran encadenadas al cuerpo, eliminando los placeres de la sensualidad, proscribiendo ciertos alimentos de origen animal y prescribiendo el silencio, la música, la gimnasia y la fraternidad universal entre los hombres a través del cultivo de la amistad. Así como también el Buda (560 a.C.) lo estableció entre sus seguidores para instalarse en el camino apropiado de la iluminación: no dejarse arrastrar por los deseos del cuerpo ni torturar el alma ni el cuerpo sin razón alguna, dejándolo claro en la segunda de sus Cuatro Nobles Verdades: “¿Cómo es entonces la Noble Verdad del origen de lo Malo? Es aquel anhelo que lleva al renacimiento, acompañado del goce y la codicia...el anhelo de la experiencia sensual, el anhelo de perpetuarse”.

Aquella figura dibujada en la piedra del andador me ha puesto en claro que la diferenciación geográfica y cultural son diferentes pero no opuestos para establecer conexiones espirituales, aunque pitagorismo y budismo coincidan en evitarlos, ya que en la intuición los opuestos desaparecen, por algo Wittgenstein afirmó en su *Diario*: “La figura tiene que arrojar ahora nuevamente su sombra sobre el mundo. El lugar espacial y el lugar lógico coinciden ambos en ser la posibilidad de una existencia”.

Considerando el viento y mis manos

Norma Navarrete

Considero que ahora el viento es joven,
iniciado en la primavera.
Y que mi corazón se ha vuelto una gaviota
que desea volar lejos
en donde la inocencia me guarde
todas las plumas de los años
que no he volado.

Considero que cada verano
mi tristeza es azul o rosa.
y extraño cada día
más al grillo de mi poema.

Considero que mis manos
han comenzado a observar
la huella del tiempo
y que mis ojos se han desconcertado
de tanto silencio.

Considero que la actuación de muchos
ha sido de lo más pésima en mi vida.
y cada vez que sale la luna me digo:
Este sabor, es el mismo de la infancia
y me huele al abandono.

Pero considero que soñar
con aquel jardín lleno de espinas
es ahora volver atrás y no perder
la esperanza de volver
a ser yo en mi ciudad,
con los caracoles que tomé prestados
al mar para saber que tengo una identidad.

Considero que no se vende
la razón de volar.
Considero que vivir
al lado de lo amargo
es para valorar lo dulce.

Y para colocar una barrera
solo hace falta decir no.
Y volar sólo porque la inocencia
todavía es una paloma,
que vuela al inicio del sol
en un día blanco de nublado.



Piedra ubicada en el andador que va de Suchitlán a Cofradía, poco antes de llegar a la Nogalera.

DE LEJOS Y A MI ALREDEDOR

Los días felices

Carlos Caco Ceballos Silva

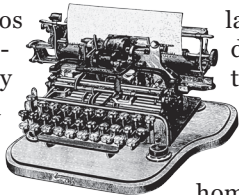
VERANO 1994. Los días contentos son desde luego cuando nos levantamos con el “pie derecho” y todo se nos va acomodando para sentirnos felices y satisfechos. Y es así cuando todo lo vemos “color de rosa”, sin importarnos la edad, nuestras dolencias y nuestros pendientes. Los días contentos son casi siempre los de nuestra infancia; van transcurriendo los días, meses y años, y cuando llegan los días de las responsabilidades los días felices se van escaseando, pero aún si se aparecen y nos salen al paso, pero cuando ya llegamos a la edad de las dolencias y quejumbres, los días felices se nos aparecen como “las venidas de obispo”, sólo de vez en cuando.

Desde luego todos los días contentos se refieren por lo general a los de clase media, pues la clase baja, desgraciadamente pocos, muy pocos son sus días alegres y de optimismo, y mientras que los de la “alta”, por lo general todos sus días son de satisfacción y contentamiento, a no ser que su hada madrina les mande el gran pesar de una pérdida de algún familiar o la grave enfermedad de algún otro allegado.

Yo nací entre pañales de seda, y mi niñez la recuerdo plácidamente, muchos sueños realizados, ya sea en juguetes, paseos, vacaciones y bonitas noches buenas donde el Niño Dios siempre me traía lo que pedía, con mucha fe, en mis cartitas. Pasaron los años y mi juventud, podríamos decir que fue de oro. Ya en la edad de la responsabilidad, es muy posible que mi hada madrina se haya enfadado de tantas tonterías, y de tanto orgullo y prepotencia que mostraba por tener dinero, tener suerte con las damitas, ser de los primeros en los bailes, presumir que era muy listo y trabajador, que me bajó un escalón, dejándome plantado en la clase media con todo lo que traía aparejado la lucha por la vida, con los retoños que me llegaron de París.

Así es que por eso de las “subidas y bajadas”, en la escala social me dio la gran oportunidad de conocer y valorizar los ratos felices y calidad de éstos cuando se tiene de sobra y cuando se encuentra “limitado”, pero eso sí, los “días felices” son de sincero contentamiento, de gran felicidad y de mucho optimismo.

Y así es como recuerdo un pequeño alboroto que hubo en el Hotel Ceballos de Cuyutlán, allá por los últimos años de la década de los treinta, ya en el mes de junio, cuando la temporada de paseantes había terminado y yo estaba clausurando y guardando todas



las cosas de hotel, y ya empezaba el reinado de los bravísimos zancudos y jejenes de la temporada de aguas. Una noche, cuando empezaba a acordarme de mi catre, mi segundo de abordó, *El Chivi*, me llamó a la puerta diciéndome: Don Carlos, hay un hombre que le urge verlo. Sin preguntar más, de inmediato me levanté, y al abrir vi a un hombre con su indumentaria campirana, todo abatido y casi a punto de llorar. ¿Qué le pasa? Mi mujer está muy mala, don Chuy dice que si no la ve un doctor se va a morir, y como aquí no hay doctores, sólo en Manzanillo, y no hay tren a estas horas, vengo a pedirle el gran favor de que nos lleve allá. Sin pensarlo dos veces, pues tenía siempre listo el “forcito” con el “abuelo Alcaraz” de chofer, y con el entusiasmo de mi edad le dije que sí.

Me volví adentro, me vestí, y nos encaminamos al jacal de aquel afligido. Ahí subieron a la señora, acompañada de su marido, a los vecinos les encargaron sus cosas, y raudos nos dirigimos al puerto por los palmares de Cualata. Tan luego llegamos, nos encaminamos

al hospital, bajaron a la enferma y la instalaron en un catre. Nos despedimos y nos fuimos derechos a la acogedora mansión de Esperanza Chacón a “pasar el rato”. Al día siguiente nos desayunamos, y antes de regresarnos pasamos al hospital, encontrándonos con la grata sorpresa de ver a aquel hombre, tan abatido unas horas antes, con la cara bien

alegre, pues su mujer que “traía el niño atravesado”, había parido dos niñas.

Y así de sencillo fue como aquel hombre tuvo su gran momento de felicidad y optimismo. Pocos días después, ya de regreso a Cuyutlán, me platicaba: Fíjese, señor, mi compadre me decía cuando empezó a ponerse grave mi mujer, que todo se debía a que me había puesto el huarache en la pata zurda. Y yo le contesté, pues a lo mejor sí, pero que a Dios gracias todo se enderezó y ahora, verdad de Dios que me siento como rey de las salitreras. Y así fue como volví a comprender una vez más que los ratos y los días felices todos los hemos tenido, pero la gente sencilla los goza y los disfruta más, de seguro porque el camino de sus vidas es más duro, calamitoso y pesado que a otros que llegaron en el mismo tren, pero que tuvieron la gran suerte de bajarse con el “pie derecho”.

* Empresario, historiador y narrador. †

La niña mareña (1953), de la poetisa y muralista mexicana Aurora Reyes.



Tu nombre

Azul Sevilla

A Alondra Abigaíl e Iván

Nunca me sentí tan valiente,
después de tanta adversidad,
hasta ahora que tu presencia es aguamiel.

Repito en mi mente la primera vez
que te tuve en mis brazos,
porque aún no me explico momento tan fractal.

Preciso vivir repitiendo tu nombre
como bendición de lluvia,
pero cierro los ojos y el mar me dice
que eres como el vaivén de las olas.

En el vértigo de la eternidad,
hija de la luna
sería la mejor manera de llamarte.

Tu nombre es mi debilidad,
pero tus ojos son mi fortaleza
y tu alma, mi refugio.